

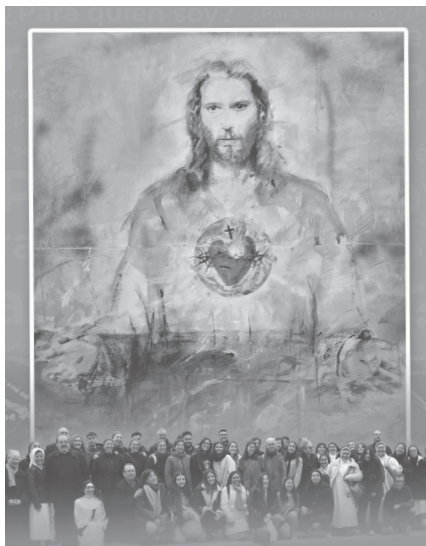
Para el Señor, en los hermanos

Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y Jornada de Vocaciones Nativas

Subsidio litúrgico
para el celebrante

IV Domingo de Pascua

Domingo, 11 de mayo de 2025



Orientaciones para la celebración

- Se usan ornamentos de color blanco. Se dice el *Gloria* y el *Credo*.
- Se utiliza uno de los prefacios de Pascua. No se puede utilizar la plegaria eucarística IV.
- En la plegaria eucarística se hace el embolismo del domingo.
- No se permiten las misas de difuntos, tampoco la misa exequial.
- Si se hace algún tipo de testimonio vocacional dentro de la misa, no debe ocupar el lugar de la homilía, ni mucho menos sustituirla. Es preferible que se haga, por ejemplo, antes de comenzar la celebración, y que sirva como preparación a la misma, o al final, y que de alguna manera la prolongue.

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Cristo resucitó, ¡aleluya! (CLN, A 13) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Cf. Sal 32, 5-6):

La misericordia del Señor llena la tierra, la palabra del Señor hizo el cielo. Aleluya.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Dios de la vida,
que ha resucitado a Jesucristo
rompiendo las ataduras de la muerte,
esté con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

«¿Para quién soy?». Con esta pregunta se iniciaba el Congreso de Vocaciones celebrado el pasado mes de febrero en Madrid, donde se dieron cita más de tres mil personas de todas las edades y vocaciones eclesiales, procedentes de los cuatro puntos cardinales de nuestra geografía. En esta «fiesta de la comunión» que fue el Congreso, la respuesta fue unánime y clara a la pregunta «¿Para quién soy?». Se dijo: «Para el Señor, en los hermanos».

Por eso, «Para el Señor, en los hermanos» es el lema de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y Vocaciones Nativas de este año, que celebramos hoy, en el cuarto domingo del tiempo pascual, también conocido como el Domingo del Buen Pastor.

La eucaristía es la realidad donde nace y a donde tiende la Iglesia. Efectivamente, como pueblo y rebaño de Dios, encontramos en Cristo —nuestro único Pastor— el origen de lo que somos; y hacia él se orienta todo lo que vivimos y hacemos. Pero la eucaristía no solo es comunión con Cristo, sino que esta se concreta cada día en la comunión con los hermanos a través del servicio mutuo. Por todo ello, es aquí, en esta eucaristía, donde mejor podemos convertir en vida lo que expresa el lema de esta campaña: Que cada uno de nosotros somos «Para el Señor, en los hermanos». Comencemos con alegría esta celebración.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El rito de la bendición y aspersión del agua bendita sustituye al acto penitencial.

El sacerdote, de pie en la sede, vuelto al pueblo, teniendo delante el recipiente con el agua que va a ser bendecida, invita al pueblo a orar con estas o similares palabras:

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que bendiga esta agua, que va a ser derramada sobre nosotros en memoria de nuestro bautismo, y pidámosle que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Después de un breve silencio, prosigue diciendo con las manos extendidas:

**SEÑOR, Dios todopoderoso,
Escucha las oraciones de tu pueblo,
ahora que recordamos
la acción maravillosa de nuestra creación
y la maravilla, aún más grande, de nuestra redención;
dígnate bendecir ✠ esta agua.**

**La creaste para hacer fecunda la tierra
y para favorecer nuestros cuerpos
con el frescor y la limpieza.**

**La hiciste también instrumento de misericordia
al librar a tu pueblo de la esclavitud
y al apagar con ella su sed en el desierto;
por los profetas la revelaste como signo de la Nueva Alianza
que quisiste sellar con los hombres.**

**Y, cuando Cristo descendió a ella en el Jordán,
renovaste nuestra naturaleza pecadora
en el baño del nuevo nacimiento.**

**Que esta agua, Señor,
avive en nosotros el recuerdo de nuestro bautismo
y nos haga participar en el gozo de nuestros hermanos
bautizados en la Pascua.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

Cuando las circunstancias locales o la costumbre del pueblo aconsejen conservar el rito de mezclar sal en el agua bendita, el sacerdote bendice la sal, diciendo:

**TE pedimos humildemente,
Dios todopoderoso,
que te dignes bendecir ✠ esta sal,
del mismo modo que mandaste al profeta Eliseo
que la arrojase al agua
para remediar su esterilidad.
Concédenos, Señor,
que allí donde se derrame esta mezcla de sal y agua
sea ahuyentado el poder del enemigo
y nos proteja siempre
la presencia del Espíritu Santo.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

Y, en silencio, pone la sal en el agua.

A continuación, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y a los ministros, después al clero y al pueblo, recorriendo la iglesia, si le parece oportuno.

Mientras tanto se canta un canto apropiado.

Terminado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

**Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado
y, por la celebración de esta eucaristía,
nos haga dignos de participar
del banquete de su reino.**

Rx. Amén.

A continuación, se canta o se dice el himno Gloria (p. 8).

Si no se hace el rito de la aspersión y bendición del agua bendita, se hace el acto penitencial (tercera fórmula):

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, el Buen Pastor que da la vida por nosotros: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

Tú, que nos has dicho que siempre estarás a nuestro lado: Cristo, ten piedad.

R/. Cristo, ten piedad.

Tú, que nos apacientas con pastores elegidos según tu corazón: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

R/. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DIOS, todopoderoso y eterno,
condúcenos a la asamblea gozosa del cielo,
para que la debilidad del rebaño
llegue hasta donde le ha precedido la fortaleza del Pastor.

Junta las manos.

**Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Como escucharemos en la primera lectura, la buena noticia del Evangelio de Jesucristo no tiene fronteras ni entiende de favoritismos, sino que tiene una vocación de universalidad: es para todos. Por eso, Juan, en la segunda lectura, narra una de sus visiones, en la que es testigo de cómo una muchedumbre inmensa de toda raza, pueblo y cultura siguen al Cordero como su único y verdadero Pastor. Y sin embargo, a pesar de ser una muchedumbre, el evangelio de hoy nos recuerda que el buen pastor conoce a sus ovejas una por una. Él nos ha llamado a todos por nuestro nombre para seguirle. Escuchemos su voz.

CLAVES EXEGÉTICAS DE LAS LECTURAS

1. El texto que se proclama hoy como primera lectura, tomado del libro de los Hechos de los Apóstoles, recoge la conclusión del único discurso kerigmático que es puesto en boca de Pablo (Hch 13,16-41). Frente a la respuesta negativa por parte de los judíos para acoger el Evangelio de Jesucristo, Pablo concluye que el plan salvador de Dios ha querido llegar a todas las naciones a través del pueblo de Israel, pero sin encerrarse en él. **Se trata, por tanto, de un plan salvador universal, en el que nadie queda excluido.**
2. La segunda lectura forma parte de la sección de los siete sellos del libro del Apocalipsis, en la que se revela el sentido de la historia. La multitud de la que se habla se refiere a los 144.000 señalados (es el resultado de multiplicar las 12 tribus de Israel por los 12.000 escogidos de cada tribu), de los que se habla en los versículos precedentes (Ap 7,4-8). Proceden de todas los pueblos, razas y naciones. **El objetivo de la salvación, por tanto, es incluir a todos los que libremente han respondido de forma positiva al Señor en medio de las dificultades de la vida.**

3. Después de haber presentado a Jesús en el capítulo 9 como la luz del mundo, con la curación del ciego de nacimiento, en el capítulo 10 Juan ofrece una nueva imagen cristológica: el Buen Pastor, que conduce a los suyos a la vida. Jesús ha realizado la misión que le ha encomendado el Padre como un pastor fiel y auténtico. **Como un pastor guía a su rebaño, así Jesús invita a los suyos a seguirlo, para conducirlos a la vida verdadera, que es la vida en Dios.** Este es, de hecho, el culmen de la obra de Jesús.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

- *Ser para el Señor en los hermanos* no es una propuesta dirigida solo a una élite o a unos privilegiados. **Se trata del fin último con el que Dios nos ha llamado a cada uno a la existencia.** Nuestra vida, de hecho, cobra sentido solo cuando se entiende desde un «para», que nos saca de nosotros mismos y nos abre al Señor y a los hermanos.
- **Seguir a Jesucristo, el Buen Pastor**, desde el servicio a los hermanos es la vocación de todos los bautizados que formamos la Iglesia. Este es, también, **el único camino que puede conducirnos a una vida plena en Dios, que es lo que llamamos «santidad».** No se trata de unas capacidades heroicas que tienen solo unos pocos, sino de la meta hacia la que se dirige cada una de nuestras historias personales, transformadas por la gracia de Cristo en historias de salvación.
- Y todo ello se realiza en lo concreto de la vida de cada uno: en su tiempo y en su espacio. Por eso, **la vocación a la santidad de todos los bautizados es vivida de forma concreta y particular por cada uno desde su propia vocación**, que va descubriendo y viviendo progresivamente a lo largo de su vida.
- De este modo, en el rebaño de Cristo que es la Iglesia, laicos, consagrados y ministros ordenados caminamos juntos detrás del Buen Pastor hacia la plenitud de la vida en Dios, que es la santidad. **Camino, que, por otra parte, solo se puede recorrer si estamos dispuestos a agacharnos para lavar los pies del hermano y curar**

sus heridas; descubriendo, además, en el servicio fraterno, la única medicina que puede liberarnos del peso de nuestro egoísmo, para seguir ligeros al Buen Pastor.

PROFESIÓN DE FE

Puede introducirse con la siguiente monición.

Al recitar el Credo, proclamemos con gozo el Misterio pascual, que es el núcleo de nuestra fe.

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.

Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos al Señor nuestro Dios, que nos ha confiado al cuidado de Jesucristo, su Hijo, el Buen Pastor.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por el papa León XIV, nuestro obispo N. y el presbiterio de nuestra diócesis, para que, como el Buen Pastor, sepan conducir al pueblo de Dios hasta una vida plena y en abundancia. Oremos.
2. Por los diáconos, para que, a ejemplo de Cristo, que no vino a ser servido sino a servir, vivan su ministerio con alegría, al servicio de la Iglesia y de los más pobres. Oremos.
3. Por los consagrados y religiosos, para que vivan con entrega generosa su vocación, y que cada día progresen más en su carisma particular como servicio concreto a toda la Iglesia. Oremos.
4. Por los que se preparan para el matrimonio con el apoyo de una comunidad cristiana: para que crezcan en el amor, con generosidad, fidelidad y paciencia. Oremos.
5. Por todos los jóvenes que se forman, viven y celebran la fe, para que sepan discernir la vocación a la que el Señor los llama. Oremos.
6. Por todos los bautizados que formamos el rebaño de Dios, que es la Iglesia: para que siguiendo juntos al Buen Pastor, caminemos sirviendo a los hermanos. Oremos.
7. Por las Iglesias jóvenes, para que, con nuestra oración y con nuestra ayuda económica, el Señor suscite nuevas vocaciones y puedan sostenerse en el servicio a sus comunidades. Oremos.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

**ESCÚCHANOS, Señor;
que tu bondad y tu misericordia
nos acompañen todos los días de nuestra vida,
hasta que lleguemos a los pastos eternos,
conducidos por tu Hijo Jesucristo,
Pastor y puerta del rebaño,**

Junta las manos.

que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Gustad y ved (CLN, O 30) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

PASTOR bueno,
vela compasivo sobre tu rebaño
y conduce a los pastos eternos
a las ovejas que has redimido
con la sangre preciosa de tu Hijo.

Junta las manos.

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, que por la resurrección de su Unigénito
os ha redimido y adoptado como hijos,
os llene de alegría con sus bendiciones.**

Rx. Amén.

**Y ya que por la redención de Cristo
recibisteis el don de la libertad verdadera,
por su bondad recibáis también la herencia eterna.**

Rx. Amén.

**Y, pues confesando la fe
habéis resucitado con Cristo en el bautismo,
por vuestras buenas obras
merezcáis ser admitidos en la patria del cielo.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

**Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado.
Podéis ir en paz.**

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española